

Tradición en las Familias Mexicanas



Andrés López
Millward Brown

Entre febrero y abril de 2003 realizamos un profundo estudio para obtener una visión general de la familia mexicana actual.¹ Esto es una parte de lo que aprendimos.

La Defensa de lo Tradicional

“Nosotros queremos educar a nuestros hijos como nos han educado a nosotros, en los mismos valores. (...) La religión es importante en nuestro matrimonio” — pareja joven sin hijos de Monterrey—.

Cuando hablamos con las familias mexicanas, una de las cosas que más nos llamó la atención es la defensa que con frecuencia éstas hacen de los valores familiares tradicionales. En México lo *tradicional* aparece como un valor, no sólo en las familias mayores sino, como lo pone de manifiesto la frase citada, también en las más jóvenes. Es cierto que esta apología no tiene el mismo peso en todas las familias ni se va a defender por igual en todos los ámbitos (por ejemplo, cuando se habla de la educación de los hijos, lo habitual es definirse como más “modernos”), pero sí es una tendencia general.

Al hablar de ser *tradicionales* se refiere a un conjunto de valores que se corresponden con un determinado modo de relación entre los miembros de la familia en el que se implica una particular distribución de los roles y del poder. Una *familia tradicional* es aquella en la que el padre asume el rol instrumental (proveedor de los medios y de la infraestructura, administrador general) y es el detentador del poder en última instancia, mientras la madre asume el rol expresivo y el papel de ama de casa que cuida de los hijos y administra el hogar.

Las Cosas Están Cambiando

Es evidente que las cosas no son así, que las familias *no* son tan tradicionales como dicen ser o como gustan presentarse. Uno de los cambios principales que se observa en los últimos años tiene que ver con la creciente incorporación de la mujer al ámbito laboral. Y ello tanto entre las clases bajas (donde a consecuencia de la crisis económica la mujer tiene

que trabajar por necesidad) como entre las clases medias y altas (donde el nivel educativo de la mujer ha aumentado y ésta trabaja para realizarse personalmente).

A este respecto, Rosa María Rubalcava² ha señalado lo siguiente: “la idea de que el jefe del hogar es hombre y único proveedor, y la mujer, con sus hijos, depende económicamente de él, hace tiempo que no se corresponde con la situación dominante”. Esta autora aporta algunos datos: “En 1992, en 23.4% de los hogares tanto el hombre como su cónyuge eran perceptores de ingresos monetarios, mientras que en el año 2000 fueron 34.4%. Este aumento de más de 10 puntos porcentuales en menos de una década indica la importancia del ingreso de las mujeres para la economía de los hogares mexicanos. El incremento se presentó en todos los quintiles de ingresos pero es más acentuado en el más bajo, en donde pasó del 14.9% al 30.1%, mientras que en el más alto, que alcanzaba 36.2% en 1994, llegó a 37.8% en el año 2000”.

La incorporación de la mujer al trabajo, bien porque ésta tenga que trabajar bien porque desee hacerlo, supone necesariamente un cambio sustancial en las relaciones en el interior de las familias. La aportación monetaria de la mujer trabajadora es fundamental en la economía de muchos hogares, y trae como consecuencia un cambio en las relaciones en su interior en el sentido de lo que ha dado en llamarse *empoderamiento* femenino.

Si las cosas fueran tal como se dicen que son; es decir, si siguieran respondiendo al esquema tradicional, muchos hogares, sencillamente, no funcionarían. Hay una enorme distancia entre lo que se dice y la realidad.

La Defensa de lo Tradicional y la Doble Moral o lo Tradicional como Fachada

La definición de sí como familia tradicional y la reinvin-

dicación que de ello se hace podría interpretarse como una simple *fachada*. Uno muestra aquello que quiere mostrar y esconde lo que no quiere que se vea. Indudablemente hay algo de eso. El mantener las apariencias es muy importante en una sociedad en la que, como la mexicana, las formas son muy importantes en todos los ámbitos. Pero no se trata sólo de eso. No es sólo una mera cuestión de hipocresía o de doble moral.

La Defensa de lo Tradicional como Defensa frente a los Cambios que están Teniendo Lugar en el Seno de la Familia

Modernidad e Individualismo.

Además de ser una necesidad en muchos casos, la incorporación de la mujer al trabajo y los cambios que están teniendo lugar dentro de las familias tienen directamente que ver con el proceso de *modernización* y de *individualización* que dicha modernización trae consigo.

Podemos definir esta “*individualización*” como una forma de construcción de la identidad en la cual el sujeto se tiene que construir a sí mismo más allá, y a menudo en contra, de los roles preestablecidos. La individualización implica anteponer los “*proyectos personales*” de vida a cualquier otra consideración — anteponerlos, por ejemplo, a las obligaciones que son inherentes a un determinado rol; de ahí la acusación de egoísmo que, en el caso de las mujeres, tal postura despierta en muchas ocasiones —.

El caso paradigmático de esta situación es el de la mujer moderna, que se define a sí misma como “no sólo madre y esposa”. Esto significa que este perfil de mujer no se identifica al cien por ciento con el rol que tradicionalmente le es asignado, el cual es uno más de los que tiene que asumir, pero ya no monopoliza su identidad. En otras palabras, esta mujer es madre, pero también es más cosas, tiene sus propios proyectos personales. En una entrevista con una pareja joven de clase media alta la mujer lo decía con total claridad: “*Él tiene sus proyectos, yo tengo los míos, y después hay proyectos comunes*”. Esto significa un replanteamiento sustancial en las relaciones de pareja: el vínculo obligatorio tradicional entre los cónyuges, un vínculo que se vive como un *destino* aparejado al género, es sustituido por otro de naturaleza voluntaria y afectiva.

Hay otros ámbitos en los que la individualización se hace manifiesta. Es el caso de la educación de los hijos. Quizá sea éste el ámbito en el que, como decíamos más arriba, con más orgullo se vive el cambio. Hoy los padres hacen gala, en la mayoría de los casos, de dar a los hijos una educación diferente a la que ellos recibieron, una educación más abierta, en la que cabe el diálogo y donde la tolerancia a los proyectos de los hijos es esencial.

La Construcción de la Identidad en la Fase Actual de la Modernidad (la “Modernidad Líquida”).

Lo anterior supone, hemos dicho, un replanteamiento importante de las relaciones en las familias. Como señala Julieta Quilondrán³: “la afirmación de la individualidad trae aparejado el debilitamiento del control institucional y del poder patriarcal”. Y, citando a R. Lesthaege, esta autora concluye: “entre las razones para explicar estos cambios se encuentra una mayor autonomía individual y el derecho de los individuos a elegir, actitudes que se traducen en acentuación de la función afectiva y de las aspiraciones individuales de cada miembro. Éstas contribuyen a su vez a crear relaciones más simétricas entre los cónyuges y entre éstos y los hijos.”

Zygmunt Bauman⁴ habla de la *modernidad líquida* para referirse a la etapa actual de la modernidad. Ésta se caracteriza por la ausencia de roles definitivamente fijos y es consecuencia de los cambios que se están produciendo de la mano con la globalización. En las primeras etapas de la modernidad, apunta Bauman, el sujeto *elige* ser algo y lo que elige ser es algo definitivo. Se “*desincrusta*” de los mandatos sociales derivados del nacimiento para “*reincrustarse*” en identidades nuevas que él elige. Uno podía decidir, por ejemplo, ser abogado y una vez que conquistaba ese lugar, al que se tenía que adaptar, dicho rol era para toda la vida. Pues bien, Bauman señala que eso se ha acabado. Hoy nadie puede fijar su destino de una vez para siempre, nadie está seguro de haber alcanzado de modo definitivo su puesto, nadie está seguro de que esa conquista vaya a durar siempre. El nuevo sujeto social aparece así como un “*sujeto precario*” (Bourdieu), condenado a buscar permanentemente su identidad, a construirla y reconstruirla incesantemente⁵. La crisis de identidad deja así de ser algo exclusivo de los adolescentes y es como si la adolescencia pasara a ser la condición natural de vida.

Nunca como ahora la cuestión de la identidad ha estado tan en boga, lo que, digamos de paso, no es ajeno al aumento de los libros de autoayuda (que por cierto, gozan en nuestra sociedad de una enorme audiencia y no sólo entre las clases medias y altas) ni al crecimiento de tantos charlatanes que prometen la salvación. Ulrich Beck ⁶ señala a este respecto: “La consecuencia es que los seres humanos caen de una manera cada vez más clara en el laberinto de la autoinseguridad, del autocuestionamiento y de la autocerteza. El regreso (infinito) de las preguntas ¿soy feliz de verdad?, ¿Me siento realmente satisfecho?, ¿Quién es el que aquí dice yo? conduce a modas de respuestas que son cambiadas de muchas maneras en mercados para expertos, industrias y movimientos religiosos. En pos de la autorrealización, los seres humanos hacen turismo por todos los rincones de la tierra, rompen los mejores matrimonios y entran rápidamente en nuevas relaciones, se hacen reciclar, ayunan, corren, pasan de un grupo de terapia a otro. Poseídos por la fe de la autorrealización, se arrancan a sí mismos de la tierra para averiguar si sus raíces están sanas”. Y tampoco esto es ajeno al crecimiento de los mercados: **los sujetos buscan su identidad social a través del consumo de las marcas y lo que éstas simbolizan.**

Pues bien, en una situación de este tipo el comportamiento más *racional* es aquel en el que los vínculos se establecen bajo el supuesto de que nunca son definitivos. Son siempre “hasta nuevo aviso”, de “usar y tirar” ⁷. Es una especie de individualismo extremo donde uno está con otro hasta que le conviene. En otras palabras, se acabó eso de “hasta que la muerte nos separe”.

¿El Fin del Modelo de Familia Tradicional?

La consecuencia de ello es la aparición de nuevos tipos de familia y el fin de la familia tradicional como modelo único. En las llamadas “sociedades avanzadas” hace tiempo que este fenómeno se ha hecho presente. “La unicidad y constancia de los conceptos (familia, matrimonio, paternidad, padre, madre, etcétera), oculta la *creciente pluralidad* de situaciones que se esconden detrás de ellos (por ejemplo, en relación a los hombres: padres separados, padres de hijos únicos, padres que educan en solitario, padres solteros, padres extranjeros, padrastros, padres desempleados, amos de casa, padres que compar-

ten el piso con otras personas, padres de fin de semana, padres casados con mujeres que trabajan, etc.”⁸

Quizá en México no se esté aún en esa situación y quizá sea cierto, tal como señala Julieta Quilondrán ⁹, que: “En México el matrimonio sigue siendo el referente; incluso las uniones libres, en su gran mayoría se legalizan. Muy pocos hijos nacen fuera de una unión y tanto los matrimonios como las uniones libres son bastantes estables. El mito de la disolución de la familia pareciera construido más con relación a lo que ocurre en los países desarrollados que sobre la realidad del país”. Pero la misma autora, no sin cierto pesimismo, señala a continuación: “debemos acostumbrarnos, sin embargo, a la idea de que la familia está cambiando y que las transformaciones que se avecinan no siempre siguen el rumbo deseado”.

En cualquier caso pensamos que habrá que estar atento a estos cambios, pues, como hemos podido constatar a través de nuestra investigación, cada tipo de familia plantea situaciones diferentes, cada una con sus necesidades específicas y sus particulares vinculaciones con los mercados. (Por ejemplo, la relación que tienen las madres solteras con sus hijos hace que la culpa, como consecuencia de tener que trabajar y estar poco tiempo con ellos y no atenderlos “como es debido”, esté siempre más o menos presente, lo que a su vez genera una tendencia a compensar su falta mediante la compra de mercancías de todo tipo para ellos).

La Familia: un Valor de Primer Orden en la Sociedad Mexicana. Algo en cuya Conservación se Invierte

Ante todos estos cambios, que apuntan siempre en la dirección de un debilitamiento de los vínculos y de un replanteamiento de ellos en el seno de la familia, ésta parece que toma una actitud defensiva, lo que la lleva, como hemos señalado, a reivindicar la permanencia de unos valores y modos de relación tradicionales.

Y es que, no por sabido hay que dejar de mencionarlo, la familia es en México una institución con un valor trascendental que bajo ninguna circunstancia se desea perder. La identidad de los mexicanos sigue pasando en gran medida por el interior de la familia,



y en la construcción y mantenimiento de ésta se invierte mucho tiempo y esfuerzo. Así, por ejemplo, cuando los hijos están entrando en la juventud y tienen sus momentos de ocio propios, los padres siempre procurarán mantener algún momento en el que éste sea compartido; las parejas jóvenes siempre se darán un espacio para estar con la familia de origen y no sólo con los amigos; las familias en las que todos los miembros trabajan y no pueden comer juntos, procurarán juntarse a la hora de la cena; etcétera.

De la importancia que tiene la familia se es plenamente consciente. Ésta no es sólo una necesidad afectiva, es también un valor diferencial de la sociedad mexicana. Así, en las entrevistas realizadas en Tijuana, donde tan incorporado está en muchos aspectos el *modo de vida americano*, la familia aparece como un elemento no sólo de identidad de los sujetos sino de identidad nacional: “*nosotros no somos como ellos, para nosotros la familia es muy importante*”.

No sólo en Tijuana. Cuando se interroga sobre qué es una familia moderna lo que viene a la mente es el modelo de la familia estadounidense. Ésta aparece como el *contra-modelo*, lo que no se debe ser, lo que hay que evitar a toda costa. Es una familia, se dice, en la que la madre no es madre ni el padre es padre ni los hijos son hijos. Algo así como un conjunto de individuos que comparten un techo, pero entre los que no hay otra relación fuera de la meramente utilitaria, una familia en la que lo que une a sus miembros es el puro interés egoísta.

La “*modernidad líquida*” supone la completa disolución de todas las instancias que aportan seguridad al sujeto y a través de las cuales éste construye su identidad. Pareciera, desde esta perspectiva, que esta tendencia de la modernidad, con la individualización extrema que conlleva, choca en México con la resistencia de la institución de la familia. Sencillamente, ésta es una realidad que se niega a su disolución.

No se trata de una defensa nostálgica. En una situación de precariedad y de crisis, la familia es una *necesidad*. Si se invierte en ella es porque de esa inversión se esperan réditos. Los padres que se entregan a sus hijos esperarán de éstos un apoyo en su vejez; y la madre que tiene que trabajar va a necesitar del apoyo de sus padres ante la falta de instituciones públicas que solucionen el problema de cuidar a los hijos. La familia es una necesidad afectiva y tam-

bién es una necesidad práctica en determinada situación socioeconómica.

Como conclusión de todo lo hasta aquí dicho podemos decir que la modernización y el individualismo a ella inherente socavan los vínculos familiares y ante este fenómeno las familias mexicanas reaccionan de un modo defensivo. Por otra parte, el mencionado *sujeto precario* de Bourdieu puede tener un doble efecto: por un lado, crear una nueva figura, la del sujeto que no desea establecer vínculos permanentes para poder afrontar los cambios del porvenir; por otro, reforzar la necesidad de la familia. Podemos pensar, como hipótesis a futuro para México, que este doble proceso ligado a la precariedad se va a manifestar de modo diferente según los niveles sociales. En los niveles más altos podemos pensar en la aparición de ese *nuevo* sujeto social que opta por no establecer vínculos permanentes, lo cual puede plasmarse en un aflojamiento del vínculo y en la aparición de otros referentes de modelo de familia. En los niveles bajos la precariedad se puede traducir en un mantenimiento de los valores de la institución familiar tradicional. Y es que la precariedad no es igual en los niveles altos que en los bajos. En ambos casos implica incertidumbre, pero el modo de hacer frente a ella depende del capital económico y cultural del que se disponga. En los niveles más altos, donde los sujetos disponen de ambos tipos de capital, el establecimiento de un vínculo permanente puede llegar a vivirse como un obstáculo al desarrollo individual de cada miembro de la pareja (supongamos, por ejemplo, el caso de un matrimonio entre profesionistas en el que se plantee la situación de que uno de ellos tenga que desplazarse a otro lugar para mantener su trabajo o para poder ascender profesionalmente, ¿qué va a hacer en este caso el otro?). En los niveles más bajos, donde no se dispone de capital económico y cultural para afrontar las incertidumbres del porvenir, la institución de la familia es siempre un colchón que amortigua los golpes de la vida (y que también los resiente: en estos niveles la precariedad se traduce en muchos casos en fenómenos de desintegración familiar).

La Defensa de lo Tradicional como Defensa de unas Determinadas Relaciones de Poder en el Seno de las Familias

Al comienzo aportábamos algunos datos sobre la

creciente incorporación de las mujeres al ámbito laboral y hablábamos de lo que se denomina *empoderamiento* femenino. La incorporación de la mujer al trabajo crea las condiciones para que ésta pueda realizar su identidad fuera del rol tradicional de madre. Pues bien, desde esta perspectiva, la reivindicación de los valores tradicionales de la familia no expresa sólo el deseo de conservar un valor (afectivo y de seguridad), expresa también el deseo de conservar unas determinadas relaciones en su interior —relaciones que siempre entrañan una determinada distribución del poder—.

Cuando se escucha a un hombre defender los valores tradicionales en el funcionamiento de *su* hogar, no se puede dejar de pensar que éste no sólo está queriendo quedar bien (función de fachada) ni sólo queriendo defender algo que él considera importante afectivamente para los suyos, sino que también (y no sin “mala fe”) está defendiendo una posición de poder.

Resulta curioso cómo se habla en ocasiones del ingreso que la mujer aporta a la casa. A pesar de ser *necesario*, el ingreso femenino tiende, sobre todo en algunas familias de clase media donde no es *absolutamente* necesario para la subsistencia, a devaluarse reduciéndolo a un ingreso cuyo objetivo es cubrir los gastos *frívolos* de la mujer (sus pinturas, sus vestidos,...) e incluso, en ocasiones, a ocultarse en un primer momento (en algunas entrevistas en las que la mujer tenía ocupaciones no formales, el hecho de que ésta aportaba dinero a la casa era algo que tardaba en salir a colación). No faltarán los maridos que *necesiten* dejar claro que, por supuesto, el ingreso de su mujer es bastante inferior al suyo. Y en las familias de niveles más bajos, donde el ingreso de la mujer es una necesidad para la subsistencia, en muchos casos se tiene la perspectiva de que se trata de una situación eventual y que cuando lleguen tiempos mejores la mujer va a dejar de trabajar.

Todo ocurre, pues, como si al hombre le gustara imaginar que él sigue siendo el sostén fundamental del hogar, como si no poder cumplir con ese rol al cien por ciento entrañara una especie de minusvalía o de castración masculina. El dinero *serio* en cualquier caso es el suyo. Desde luego que si la mujer dejara de trabajar en muchos casos no se pagaría la colegiatura de los hijos. Pero esto no importa. Ima-

ginariamente muchos hombres necesitan realizar un *acto de denegación* para sentirse padres de familia en todo su esplendor y con todo su poder.

Pero no es sólo el hombre, también muchas mujeres colaboran en esa ficción. El dominante únicamente lo es en tanto que es reconocido como tal por el dominado. También la mujer niega que su dinero sea tan serio como el del hombre y en muchos casos, sobre todo en los niveles medios, muchas mujeres aceptan el juego y emplean efectivamente su dinero para sus gastos *frívolos*.

La Ambivalencia ante los Cambios

Y es que ante la modernización de la familia lo que se vive es una auténtica situación de ambivalencia.

La modernización es la promesa de una relación más equitativa entre sus miembros; es la promesa de un vínculo que respeta y no aplasta los proyectos de cada uno de ellos - sobre todo los de la mujer -; es la promesa de una familia que da libertad y autonomía a cada miembro para que busque el mejor camino de autorrealización y no exige sacrificios innecesarios. Todo esto es maravilloso y en el caso de las personas más jóvenes (sobre todo en los niveles medios altos) son valores a los que las mujeres no quieren renunciar. Pero todo esto tan maravilloso no deja de entrañar riesgos. El primer riesgo que se asume es un tanto fantasmagórico: el de la disolución de la familia. Pero fantasmagórico o no, real o no, en su nombre se va a pedir a la mujer que se quede en casa y cumpla con su papel de madre y esposa. Hemos estado con matrimonios jóvenes sin hijos, de clase media alta, en los que ella trabajaba pero se planteaba dejar de hacerlo cuando nacieran los hijos o, si no se lo planteaba, sabía que su marido, en aras del bienestar familiar y de los niños, se lo iba a pedir - quizá no exigir -, pero sí pedir de forma “razonable”.

Pero, además, por parte de algunas mujeres, asumir propia autonomía también es asumir riesgos. La inmolación a la que se presta, su sacrificio, es siempre una baza en ese juego de deudas imaginarias a través de las que suele funcionar la familia tradicional. El juego de la autonomía es el juego de un intercambio de respetos mutuos, en el que exigir que a uno le respeten la propia implica el compromiso de respe-

tar la del otro. Y eso es otro tipo de juego, que presupone otro tipo de relación y que siempre implica un esfuerzo y un riesgo. Se puede perder una cierta seguridad (la que proviene de jugar un juego que uno conoce) y se puede perder también unas ciertas parcelas de poder (aquellas que resultan de la distribución actual de roles y de las deudas imaginarias que dicha distribución conlleva). Cuando aquello que se desea al mismo tiempo se teme, una de dos, o se asumen riesgos o se renuncia al deseo y uno se acomoda a lo que hay.

La actitud de las mujeres ante el trabajo es muy elocuente de lo que decimos. Las mujeres de clase baja trabajan no por autorrealización sino por necesidad. Pero si pudieran muchas de ellas *no* trabajarían. Las mujeres de clase media alta, con un nivel de educación más o menos alto, trabajan porque hacerlo es su forma de realización personal y es en este segmento donde las cosas parecen cambiar a un ritmo más acelerado. En el caso de las mujeres de niveles medios, donde su trabajo no es absolutamente necesario, encontramos en muchos casos una escasa predisposición a trabajar fuera del hogar. Para este segmento, igual que para el de los niveles más bajos, su referente de familia sigue siendo el que sigue los patrones tradicionales, sólo que a diferencia de aquéllos pueden permitirse realizarlo.

La Nueva Ama de Casa

Con todo, las cosas están cambiando. Estamos ante un reajuste de roles que poco a poco van produciéndose bajo el signo de lo que podríamos emblematizar como *cambiar manteniendo* o el cambiar evitando que se toquen y cuestionen las cosas básicas (que, sin embargo, no pueden dejar de cuestionarse).

Los hombres se van incorporando a las tareas del hogar (aunque hay una, la cocina, que sigue siendo patrimonio de la mujer) y ayudan en la compras; la relación de éstos con los hijos es más cercana y afectiva; la relación con la mujer es más equitativa.

Por su parte, las mujeres, aun cuando en muchos casos renuncien al trabajo fuera del hogar en el momento en que tienen su primer hijo, asumen su rol de ama de casa de un modo distinto al tradicional, no limitándose en ninguno de los terrenos – desde la limpieza del hogar hasta la alimentación y la educa-

ción de los hijos o la relación con el marido - a reproducir los valores de los padres, de forma que, aun cumpliendo su “*destino*”, interpretan éste de otra manera. Aparece así un *nuevo tipo de ama de casa*, consciente de que su identidad no se agota en ese papel, el cual para ellas aparece más como una *opción* que como un *destino* ineludible.

Notas

¹ Fuentes: Investigación documental y estudio etnográfico.

Nota metodológica: entrevistas etnográficas con 100 familias mexicanas; ABC+ 30, C/D+ 40 y D+/D 30; 9 ciudades (México 25, Guadalajara 15, Monterrey 15, Tijuana 10, Mérida 10, Mazatlán 5, Puebla 6, Morelia 9, Oaxaca 5); todo tipo de familia (personas solas 7, parejas sin hijos 10, parejas con hijos pequeños 13, parejas con hijos adolescentes 14, parejas con hijos jóvenes 15, adultos que viven solos con sus hijos 5, parejas con hijos que se han ido de casa 5, parejas de la tercera edad 5, familias de inmigrantes 5, familias con un miembro en USA 4, parejas homosexuales 3, familias multigeneracionales 10, hogares multifamiliares 4).

² Véase el artículo “¿Quién gana más?” en el número especial que la revista Nexos dedicó a las familia mexicana (Nexos 299). Rosa María Rubalcava es doctora en ciencias sociales y políticas con especialidad en antropología social y ha sido profesora-investigadora de El Colegio de México y directora general de Estudios de Población del Conapo.

³ Véase el artículo “Azahares para tu boda (o tu unión libre)” en el mismo número de Nexos antes citado. Julieta Quilonrán es doctora en demografía por la Universidad Católica de Louvain, profesora-investigadora de El Colegio de México.

⁴ Zigmunt Bauman, *La sociedad individualizada* (Madrid, Cátedra, 2001)

⁵ Pierre Bourdieu, *Contrafuego* (Barcelona, Anagrama, 1999)

⁶ Ulrich Beck, *La Sociedad del Riesgo* (Barcelona, Paidós, 1998)

⁷ Zigmunt Bauman, *Ibid.*

⁸ Ulrich Beck, *Ibid.*

⁹ Véase el artículo de esta autora citado anteriormente en la revista Nexos 299.